

Viernes de Ch'allalla

(Cuento)

Es viernes, uno del mes de febrero. Lasseudo calles del campamento despiden algo de vapor, el sol radiante de la mañana calienta el lodo formado por la lluvia de la víspera. Un olor ácido llena el ambiente, es la copajira, el barro lo ensucia todo. Este viernes es especial en la vida de la mina: son las once y no sonó la implacable y fastidiosa sirena de todos los días, un desorden desacostumbrado muestra a la gente. Hoy los mineros no trabajan, es viernes de ch'allalla, algunos visten sus mejores galas. Los niños tampoco van a la escuela, sus ojos tienen el brillo de la picardía; ellos mismos no saben por qué tienen en las manos tiras de serpentinatas, mixtura, unos sucios confites y los que más les alegra: los infaltables cohetillos, obligatorios en esta fiesta. Todos vienen y van, van y vienen.

Los trabajadores de la mina, afanosos ingresan a su seno, es algo incontrolado; entran a rendir culto al "dueño" de sus riquezas: el Tío; de no ser así, podría cobrar víctimas causando "ayasa" y otras desgracias o simplemente haciendo desaparecer a quien en aquel día no cumpliera con esa obligación. Las mujeres también preparan la ch'allalla de la casa prestada donde viven y los hombres se dirigen a la boca del cerro.

—Cómo es compañero... ¿está todo listo?, ¿tienes los confites y el trago?

—¡Claro! Cómo me voy a olvidar, yo no estoy queriendo que el Tío me esté agarrando, aquí están las serpentinatas, los confites, mixturita, la coquita, el cigarrillo... asadito también se lo he traído... mirá regío chancho es... cómo no voy a ch'allar este año si me ha ido bien... linda veta he tenido ché... bueno, vamos... vamos...

Van a la fuente que les proporciona el alimento, el abrigo y los problemas que siempre van juntos, algunos, acompañados por el hijo mayor, un joven que cruza la bocamina con el natural estremecimiento que causa lo desconocido, las sombras eternas, el reino del Tío, presintiendo un futuro negro como aquella boca que los traga.

A pocos metros, una pequeña figura, un famélico chico, con ropa que originalmente no es la suya, mostrando una negra y sucia melena, manos y cara reseca y mugrosas; los bolsillos del pantalón contienen un incoloro trapo, restos de lo que fue una vela, una caja nueva de fósforos, varios, quizá muchos cohetillos, algunos confites, medio pan de pulperia, unos clavos torcidos y unas cachinas; su penetrante mirada denota cierta alegría por la llegada de algo largamente esperado; ese muchacho de once años es Donato Flores, huérfano de padre desde los cinco, su único apoyo, su madre que ocupada por su labor de "palliri" y obligada por las circunstancias propias de la vida minera, lo tiene en un forzado abandono.

—Hola Donato, qué dices... cómo estás, ¿no vas con tu mamá?... ¡jrcro que te está buscando!

Le habla Jhonny, de su misma edad, hijo del gerente de la mina, cuidado por sus padres y formado por los más "decentes" moldes de vida y, hasta con guía espiritual; el párroco de la zona dice de él que es el chico más educado de la zona, que es el más bueno... es el chico más "bien" que conoce y además, ¡es muy obediente!

Jhonny, extrañamente amigo de Donato, luce bien peinado, sus relucientes calzados hacen juego con su moderno traje en cuyos bolsillos apenas se notan un pulcro pañuelo y un paquetito de chocolates; para Donato, Jhonny es como un personaje extraído de lectura que por casualidad alguna vez vio, es su único amigo.

—Hola Jhonny... ¿que mi mamá me está buscando?... ¡macanas!... primero tengo que hacer una cosa...

—Pero... ¡Donato!, mi papá dice que siempre debemos obedecer a nuestros padres...

—¡Ají!... ¡tú también me vas a molestar con eso...!

—Bueno... Donato... yo no quiero que te enojas... pero me parece que no está bien lo que haces... además la gente siempre habla mal de ti, ¿sabes?... ¡dicen que eres el perro de la mina...!

—Y tú les haces caso, o es que me tienes miedo... ¡si yo nunca he hecho nada malo... más bien tú eres el "mediolento", ¡a todo le tienes miedo...!

—¡Yo no tengo miedo de nada...! Mi papá dice que tenemos que ser siempre valientes... ¿eso es ser hombre no...?

—Pero, ¡qué vas a ser macho tú!... ¡a que no haces lo que yo hago...!

—¡A que hago!... ¡Yo puedo hacer cualquier cosa que tú hagas...!

—Ni siquiera podrías acercarte más a la mina... apuestito que no entras conmigo a la mina...!

—¡A que sí, si quieres te acompaño...! Claro que tenemos que salir rápido por que mi papá podría darse cuenta... ¡Vamos si quieres...!

—¡Listo!, vamos ahora que no están controlando... entraremos también nosotros... ¿listo?

—¡Listo...! ¡Te acompaño...!

Nadie repara en ellos. Alguna gente sale ya de la mina, se oye el rítmico ruido de la "wincha" que es operada por el único

que trabaja y la mina traga, traga, traga más a los valientes, valientes cada cual a su manera. Nadie se da cuenta de los dos hombreritos que ingresan solos. Primero un nivel, luego otro y otro, finalmente la jaula detiene su descenso, perforistas, chasquiris, lameros, cañeristas; todos se diseminan por los distintos parajes en busca del lugar apropiado para rendir culto al amo de la mina, de esas tinieblas apenas rotas por las linternas o mecheros. Es menester cumplir con el rito tan tradicional y sagrado.

—¡No... no Donato!... yo no voy más allá, el padrecito de la parroquia dice que no se debe ir sin permiso donde uno no conoce... y mi papá me ha dicho que yo entraré a la mina cuando sea ingeniero como él.

—¡Ají... otra vez con eso... pero acaso no te das cuenta que estás con uno que conoce la mina... si yo canozco... ¡vamos...!

—Pero, ¡si tú nunca has entrado... tú no conoces la mina...!

—¡Claro que canozco! Cuando "ch'ití", mi papá me contaba y enseñaba todo... y para que te convanzas, iremos donde mi viejo entró por última vez... ¡no tengas miedo hombre...! Ahora que estamos solos tenemos que prender la vela... ¡vas a ver qué lindo es...!

Y sigue la marcha, la débil bujía todavía alcanza para llegar a destino, es el paraje donde murió el padre de Donato... ¡valiente minero...!

—Aquí es... ¡aquí murió mi papá. ¡Qué tú parece...!

—¡Vámonos Donato... vámonos...!

—¡No seas maricón Jhonny... mirá... aquí se lo ha llevado el Tío a mi papá...!

—¿El Tío? ¡De quién estás hablando...!

—De este Tío... ¡mirá pues!... claro... ¡sabía que así era el Tío! ¡Mirá...!

El corazón de Jhonny retumba en su pecho y no alcanza a comprender por qué está allí, la visión que tiene ante sí le llena de estupor, la agónica luz de la vela recibe la ayuda de un miserable fósforo que también se extingue, fósforo que quema, fósforo que muere y que ayuda a Jhonny a retener en sus pupilas aquella figura que nunca soñó ver... ¡es el Tío!, abandonado como el mismo paraje, por los peligrosos "tojós" que caen y por lo flojo de las capas de tierra y roca. Aquel personaje que parece cobrar vida frente a los dos muchachos que con estupor el uno y con satisfacción el otro, observan.

—Mirá ché... ¡qué bien está el Tío!... pero parece que hace tiempo nadie viene por aquí... pura tierra está... ni serpentinatas tiene... mirá sus botellitas... mirá... le prenderemos unos "cuetillos"... ¿listo...?

—¡Pero, la vela ya se está acabando... yo no quedan fósforos... cómo vamos a salir después... Donato...! ¡Vámonos... vámonos rápido...!

—¡Ají...! ¡Ahora que ya estamos aquí, quieres irte...! ¡Bueno, nos iremos... pero primero le prenderemos unos cuetillos...!

Y el minúsculo tronar de los explosivos de bolsillo desproporcionadamente causa lo que seguramente temían los trabajadores: un "ayasa". El derrumbe obstruye el camino de regreso.

Superados los primeros momentos y dispada la polvareda, quedan ileso pero encerrados; primero es la recriminación de uno y luego la justificación del otro y ambos se dedican afanosamente y con miedo a ¡la búsqueda de una salida...! cansados por el intento, quedan sentados en tinieblas sobre la roca que domina el paraje. El hambre, aún a obscuras, reclama algo para los dos estómagos vacíos, son los caros y ricos chocolates de Jhonny los que sirven de aperitivos al pan duro y la agria naranja de Donato, cumpliendo las funciones de almuerzo, cena y merienda, porque pasaron muchas horas después que dejaron de ver la luz del día. El sueño puede más, y este viernes especial es la roca y la tierra profunda que hacen de alcoba para los dos cuerpos que retornan a la verdad.

—¡Jhonny... Jhonny...! ¿Estás despierto Jhonny...?

—Sí Donato, sí... nos hemos quedado dormidos... ahora, ¿qué vamos a hacer?... ¿sabes?... quisiera decirte algo pero te vas a roír... no sé...

—¿Qué quieres decirme... haber, di nomás... no me hede reír...!

—Sabes... el padrecito de la parroquia ha dicho que cuando uno se encuentra en situaciones de peligro como ahora, debemos pensar en Dios... y hacerle una oración... debemos rezarle y pedirle ayuda... no sé si podríamos... haber...!

—¡Rezar...? ¡Para qué!... ¿rezar has dicho...? acaso el padrecito ha estado aquí en la mina...! ¡sonso...!

—¡No sé... yo voy a rezar...!

Nadie puede ver a Jhonny de rodillas al lado de Donato, rezando al Hacedor para ser salvados de aquel apuro que les puede costar la vida:

—Señor Jesús... recibe mi oración en este día en que desobedecí a mis padres... te ruego desde el fondo de mi corazón, sélvados de este peligro y regreśanos a nuestras casas, te pido por mis papás que deben estar muy preocupados... y... por mi amigo Donato... él no tiene la culpa de todo

esto... el culpable soy yo por seguirlo... te pido nos salves... Señor... Dios mío... te prometo que Donato será un chico como yo, que obedezca a su mamá... te prometo hacer todo para no sea tan malo como creen todos... ¡Salvanos y sácanos de esta mina!... ¡te lo pido Dios mío...!

La oración de Jhonny es ligeramente percibida por Donato que se dice a sí mismo:

—Caray... este Jhonny mariquita siempre es... ¡y está rezando...! pero... si sería verdad... bueno, si hay que rezar... yo también rezaré... pero... a mi amigo: amigo Tío: te pido que nos salves de este peligro, que nos saques de la mina... sé que tú te llevaste a mi papá... pero nosotros queremos que nos saques de aquí... si lo haces, te prometo que mi amigo Jhonny será como yo, será otro cuando salgamos de aquí... te prometo que haré lo posible para que no esté con el cura de la parroquia... pero, sávanos pues Tío, tú conoces todo de la mina... ¡asi que sácanos de aquí...!

—¡Donato...! ¿Estás hablando...? ¡Parece que tú también estás rezando...!

—Sí hombre, pero no como... bueno... no me hagas caso... busquemos otra vez... mirá... mirá... parece una mecha... ¡alguien está por aquí... ¡alguien nos ha encontrado...!

—¡Sí... sigamos a ese mechero...!

Tomados de la mano, siguen la diminuta luz de lo que suponen es un mechero que luego desaparece en la hendidura de unas rocas, tocan, palpan, recorren piedras y encuentran un pequeño agujero que sin mucho esfuerzo se agranda y, finalmente el camino hacia la salida, caminan muy seguros en sus pasos y con el aire más fresco en los pulmones. Después de muchos descansos, por fin la jaula que reinicia su ascenso y los dos amigos están allí, rumbo a la salida final. Casi veinticuatro horas sin la luz del día, fuera, los mayores estuvieron ocupados en la "Ch'allalla", y luego de dormir hasta que renació el sol, en sábado de carnaval, advirtieron la falta de los hijos; del bien cuidado Jhonny y del abandonado Donato. La sirena llama a reunión de emergencia. El hijo del ingeniero se ha perdido...!

gritos por aquí, órdenes por allá, los cerebros embotados por el trago realizan una casi organización para buscar a Jhonny.

—¡Yo los vi compañeros...! ¡estaban entrando a la mina...! el Jhonnycito y ese lloqalla del Donato... ¡asi que entremos a buscarlos...!

—¡Sí compañeros... entremos...!

Cuadrillas de mineros y empleados ingresan a la mina, apenas unas docenas de metros y se encuentran con los dos valientes que felices gozan de la luz del día... ¡Aquí los chicos ingeniero...! ¡aquí está el Jhonny...!

—Este lloqalla siempre le ha metido... ¡con el Donato está...!

Abrazo de padre e hijo... besos de felicidad y gritos de alegría, es el "carriño" al gerente, insultos para Donato y hasta un puntapié y la tajante indiferencia.

—¡Viva el hijo del ingeniero... viva el Jhonnycito...!

Y la turba va como en procesión devota tras el patrón y su hijo al que ofrecen humeante chocolate y golosinas.

Por un caminito en el cerro se alejan rumbo al cuartucho que tienen por vivienda Donato y su madre que le ofrece al llegar, un "k'oñichi" de algo convidado.

—Caray que nos hemos salvado... gracias al Tío... sí... sí... Tío, gracias por salvarnos, ahora te prometo que el Jhonny ha de ser como nosotros, eso te lo he prometido y así será, yo sé que tú nos has sacado de la mina... ¡gracias Tío...!

Jhonny que ya empieza a tomar color en su hogar, mientras le llenan de atenciones también dice:

—Gracias Dios mío... muchas gracias por salvarnos de la mina... ahora te prometo que mi amigo Donato cambiará... tiene que cambiar... tiene que ser como Tú quieres que sea, un muchacho bueno como yo, Señor Jesús, yo sé que fue tu luz la que nos sacó de la oscuridad de la mina... gracias Dios mío... muchas gracias...!

En la oscuridad de la mina y fuera con el sol radiante de la mañana, flota algo que queda cubriendo la integridad de los humanos movidos por los hilos de ese algo, ajenos al futuro que les depara. Pasó el peligro... todo queda bien... y junto a ese algo, flota la pregunta: ¿QUIÉN AYUDÓ A QUIÉN...?, no lo sabemos, solamente les contamos que ocurrió en un Viernes de Ch'allaku...

Oro, febrero de 1979

Oscar Elias Siles. Poeta, escritor y compositor orureño

